

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIOS DE LA SUSCRICION
EN LA CRONICA DE LA MODA Y DE LA MUSICA
EN MADRID, ED. DE LA MAÑANA, UNA PTA
ED. DE LA NOCHE, 2 PTA. A D.
EN PROV. Y PORTUGAL, 5 PTA. TRIMESTRE
EN AMERICA Y ULTRAMAR, 12 PTA. TRIM.
LA CRONICA DE LA MODA Y DE LA MUSICA, 50 CENT. MES
PUNTO UNICO DE SUSCRICION
MADRID, FACTOR, NUM. 7.
AÑO XLII. NUM. 11859

DIARIO UNIVERSAL DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

LA EDICION DE LA MAÑANA A CUATRO REALES EN MADRID, A DOMICILIO

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
Insertos en todas las ediciones de La Cor-
respondencia
UNA PESETA LINEA
Los anuncios, reclamos, etc. financieros, referentes
á Bancos y Sociedades, á precios convencionales.
Se reciben exclusivamente en esta administracion y
en las oficinas de la Sociedad General de Anun-
cios, ALCALA, 6 y 8, entresuelo.
PRECIO DE LA VENTA POR MAYOR
UNA PESETA 30 NUMS
OFICINAS FACTOR 7

TERCERA EDICION

Madrid, Martes 23 de Setiembre de 1890

DE LA NOCHE

OFICINAS FACTOR 7

ARTICULOS RECOMENDADOS

Impresión Rusa. — María Cristina. — Heliotropo blanco. —
Juan Saporiti. — Agua de Colonia Imperial. — Agua
de Chirre. — Sultanes. — Fobos de Claret. — Crema de Fresco.
DE GUERLAIN, PARIS.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

A LAS SEIS DE LA MAÑANA

La Gaceta de hoy publica las siguientes disposiciones:
GOBERNACION.—Real orden resolutoria del expediente relativo á la suspension del Ayuntamiento de Manresa, decretada por el gobernador civil de la provincia de Barcelona.

—Otra confirmando una providencia del gobernador civil de Cáceres, relativa á la suspension en el ejercicio de sus cargos, del alcalde y concejales del Ayuntamiento de Valerino.

ULTRAMAR.—Real orden aprobatoria del nombramiento que para la cátedra de geometría descriptiva ha hecho el gobierno general de Cuba con el carácter de interino, á favor de D. Eugenio Reyneri.

—Otro disponiendo que los exámenes públicos en las escuelas de la isla de Puerto Rico, se verifiquen en el mes de junio de cada año.

—Otra nombrando ayudantes cuartos de montes de las islas Filipinas á D. Federico Perez de Castro y D. José Perez Si-guenza.

GRACIA Y JUSTICIA.—Real decreto nombrando para la canonía vacante en la catedral de Teruel, á D. Pedro Salmeron Garzon, doctor en sagrada teología.

GUERRA.—Real decreto concediendo la gran cruz de la orden de San Hermenegildo al capitán de navío D. Jacobo Aleman Gonzalez.

Del **EXTRANJERO** hemos recibido de la Agencia Fabra y de nuestros correspondientes los siguientes **DESPACHOS TELEGRAFICOS:**

Londres, 22.
Clausura de la Bolsa de hoy:
4 por 100 exterior español, 77-93.

Spandan, 22.
El emperador Guillermo ha ordenado la suspension del trabajo nocturno de las mujeres en las fabricas del Estado.

Paris, 22.
El Sr. Garcia, cónsul español en Perpiñan ha fallecido.

Paris, 22.
El Ródano ha sufrido una considerable crecida, que en algunos puntos, como en Beaucarre, asciende á cinco metros.

Berna, 22.
Se han incendiado varias aldeas, entre ellas Ruethi, Behag y Mos, del canton de Saint Gall.

Muchas personas han desaparecido.
Paris, 22.
Para el viernes es esperada en Boulogne la escuadra española compuesta de los acorazados *Pelayo* é *Isla de Luzon*, fragata *Numanzia* y aviso *Mercedes*.

La municipalidad organiza algunas fiestas en honor de la raísa.

Lisboa, 22.
Los periódicos dan cuenta de haber llegado á Mozambique una escuadra inglesa.

El gabinete de Lisboa telegrafió al gobernador de Mozambique haber entregado su dimision, que habia sido aceptada; pero que aconsejaba á dicha autoridad que recibiera al almirante de la flota con los miramientos debidos á una nacion amiga; y que si dicho almirante intentase algo contrario al *statu quo* anterior al convenio, procediera de modo que quedase á salvo el honor de la nacion portuguesa.

Lisboa, 22.
El rey pasó la última noche mucho mejor; parece que muy en breve regresará al palacio de Belem.

Nuestro querido amigo el Sr. Jimenez Rojo, diputado provincial por Sevilla y ex-vicepresidente de aquella corporacion, ha sido nombrado gobernador civil de Matanzas (isla de Cuba).

El Sr. Jimenez Rojo, ha residido largos años en aquel pais y enlazado con una de las primeras familias de la Habana, tenemos la seguridad de que este acertado nombramiento ha de ser muy bien acogido en Matanzas.

Anoche se creia como próximo y seguro, el nombramiento del general Primo de Rivera para la inspeccion de Infanteria, el del general Prendergast para la de Caballeria y el del general Pavia para la capitania general de Madrid.

El lunes próximo llegará á Madrid don Nicolás Salmeron.

Dícese que la corte regresará á Madrid en la primera quincena de octubre.

La zarzuela en un acto *La Amazona*, cuya *reprisa* se efectuó anoche en el teatro Martin, alcanzó un éxito extraordinario.

La Sra. Mendez (D.^a Amelia) interpretó magistralmente el papel de protagonista, alcanzando nutridos aplausos en el número de la caza y en el precioso vals, que cantó con gran primor. El traje de cazadora que vistió fué muy celebrado por el público, que tributo á esta actriz una justa ovacion.

El Sr. Ripoll estuvo, como siempre, inimitable y compartió con la Sra. Mendez las salvas de aplausos que sin cesar les tributaba la concurrencia.

El Sr. Povedano hizo con toda perfeccion el papel de militar retirado y fué muy aplaudido.

La Srta. Quero estuvo muy bien. El tenor cómico D. Angel Gonzalez es cada dia más querido del público madrileño y bien se lo demostró anoche interrumpiéndole varias veces con nutridos y unánimes aplausos. Bien es verdad que interpretó su papel admirablemente, consiguiendo arrancar incesantes carcajadas de los espectadores.

Al final fueron llamados á escena los actores muchas veces y aplaudidos por el público con verdadero entusiasmo.

La Amazona llevará seguramente, numerosa concurrencia, por espacio de muchas noches, al afortunado teatro Martin.

Por el ministerio de Ultramar se publica un anuncio convocando á oposicion para cubrir una notaria en Manila, y las de Bulacan, Pangasinan, Ilocos Norte, Ilocos Sur, Bataan, Camarines Norte, Nueva Ecija, Zambales, Mindoro, Cagayan, Cavite, Nueva Vizcaya, Cebu é isla de Negros.

Los aspirantes que las solicitudes pueden presentar sus solicitudes documentadas en la direccion general de Gracia y Justicia de aquel departamento antes del dia 30 de octubre próximo.

En la casa de socorro del distrito del Centro ha fallecido repentinamente la señora doña Teresa Polaz, madre del distinguido y desgraciado escritor don Eduardo de Lustedo, á quien acompañamos en su profundo duelo.

El Sr. D. Andrés Mellado ha escrito una carta á *La Concordia*, de Vigo, manifestándole que antes de publicar un periódico en Madrid procuraría obtener el consentimiento del jefe del partido liberal, Sr. Sagasta, partido á cuya agrupacion política declara que pertenece el ex-alcalde de Madrid.

Dicen de Bilbao que el sábado por la tarde al salir de la ria el vapor *Abul* cargado de mineral, quedó varado en la barra.

Los remolcadores *Sanson* y *Rodas* practicaron las operaciones necesarias para ponerle en situacion de navegar, y lo consiguieron al anocheecer.

Pero el *Abul* debía tener alguna averia, y su capitán pidió remolque hasta Axpe, llevándole á este punto los remolcadores citados.

A las once y media de anoche, cuando se encontraban durmiendo tranquilamente casi todos los huéspedes de una casa de la calle de la Reina, se produjo en una de las habitaciones interiores, alquiladas á dos jóvenes empleados, un alboroto tan grande que la dueña, sus hijos y algunos pupilos acudieron alarmados.

En vista de que el escándalo continuaba en el interior del cuarto y que los causantes se negaban á franquear la entrada, hicieron saltar el pestillo, observando que los dos huéspedes luchaban en calzoncillos á brazo partido, habiendo arrancado uno al otro la mitad del bigote.

La causa de la reyerta parece ser que al acostarse y mientras fumaban un cigarro, hablaron de asuntos relacionados con Portugal, uno de ellos con mucho entusiasmo y el otro tomando á broma las amenazas de los portugueses, siendo esta causa de que entre ellos surgiera la pendencia, en la cual primero se tiraron los zapatos, las palmatorias, las almohadas, liándose despues á puñetazo limpio y causando algunas lesiones.

En los ventoritos situados en la carretera de Extremadura promovieron ayer gran escándalo cinco ó seis individuos, que despues de haber hecho abundante consumo de vino, diéronse de palos para dilucidar cuál de ellos estaba obligado á satisfacer el importe.

Una pareja de la guardia civil detuvo á uno de los combatientes, llamado Antonio Alvarez Rosas, que la emprendió á mordiscos y cachetes con el guardia Domingo Vera Oñate, á quien pretendió despojar de la bayoneta.

El Antonio quedó detenido.

Anoche hizo su debut en el favorecido teatro Lara el distinguido actor D. Ricardo Guerra, á quien el numeroso y distinguido público que asistió á la funcion recibió como siempre, con inequívocas muestras de agrado y simpatía. En el mismo teatro se reanudaron anoche tambien las representaciones del tan aplaudido sainete de Tomás Luceño, *¡Amen! ó el ilustre enfermo*, que fué recibido como en la noche de su estreno, con grandes aplausos: seguramente proporcionará á la empresa en la temporada actual los mismos llenos con que fué favorecido por el público el año pasado.

—Telegramas de Barcelona dan cuenta de la ovacion de que ha sido objeto el eminente violinista Sr. Sarasate, en el segundo concierto que ha dado en aquella capital.

El público aclamó con indescriptible entusiasmo al gran artista, colmándole de aplausos y haciéndole repetir varios números del programa.

La orquesta fué dirigida por el notable violinista Sr. Ibarguen.

—La señorita doña Encarnacion Fernandez, que anoche debutó en el teatro Eslava, fué muy aplaudida.

En este teatro verificarán su presentacion mañana con el juguete cómico *La cascara amarga*, los artistas recién contratados por aquella empresa, doña Victoria Muñoz y el Sr. Roldan.

—Mañana miércoles tendrá lugar en el teatro de la Alhambra la tercera representacion de la grandiosa ópera del maestro Meyerbeer, *Gli Ugonotti*, habiéndose encargado de la parte de Valentina la muy aplaudida soprano Sra. Granville, de la de Raul el primer tenor Sr. Lloria, y de la de Marcello el distinguido bajo Sr. Verdagner.

La empresa de dicho teatro prepara las óperas *Fra-Diavolo*, *Sonámbula*, *Faust* y *Roberto il Diavolo*, que se pondrán en escena en la presente semana.

En dicho coliseo se han establecido los miércoles como dias de moda, y á juzgar por el selecto público que al mismo asiste, es de esperar que el dia de mañana, primero de moda, se verá concurridísimo el teatro de la calle de la Libertad.

—En el teatro Lara han dado principio los ensayos de un nuevo juguete cómico, en un acto y en verso, que se titula *Mentiras!*

Segun un periódico ministerial, mejoran de aspecto las diferencias que existen entre conservadores de Valencia y entre conservadores de Castellon. Las diferencias que se están celebrando estos dias con el mejor deseo de llegar á un acuerdo, han acertado bastante las distancias, y quizá muy pronto se consiga una inteligencia.

S. M. la reina doña Isabel, con sus augustos hijos los principes de Baviera,

acaba de efectuar una expedicion á los Alpes bavaros, asistiendo en Ober Amberg al célebre drama de la *Pasion de Nuestro Señor Jesucristo*, que por voto secular de aquellos montañeses se representa cada diez años con magnificencia y grandiosidad tales, que atraen espectadores de toda Europa y hasta de los Estados Unidos.

Se cree que cuando á mediados de octubre regrese á Paris la augusta señora, la acompañará una temporada en su palacio de Castilla las infantas doña Eulalia y doña Paz, quienes regresarán, á Madrid, la una y á Munich la otra, á fines de noviembre ó principios de diciembre.

Anoche á las once se cometió un crimen en la calle de Tetuan, en el espacio comprendido entre las del Carmen y Preciados.

Parece ser, segun se referia en el sitio del suceso, que á dicha hora, próximamente trató de penetrar en el circulo de recreo establecido en el piso entresuelo del café Oriental un individuo llamado Luis Camacho y Garcia, vigilante de consumos con el número 289.

A la puerta del circulo se encontraba á la sazón un individuo de la sociedad, el cual vió á Camacho una peseta.

El que hacia las veces de portero, conocido por Perico Plata, no accedió á la pretension de aquel, impidiéndole al propio tiempo la entrada al local diciéndole que allí no entraban los borrachos.

Disputando ambos y burlándose cada uno su derecho bajaron á la calle, donde el Camacho sacó una pistola disparándole sobre el Plata y produciéndole una herida en una mano.

En este momento otro sujeto que bajó tambien del circulo, al enterarse de lo que ocurría, sacó una navaja y le dió á Camacho una puñalada en el costado derecho, huyendo despues.

Al presentarse los guardias de seguridad en el sitio del suceso se encontraban el Plata y Camacho forcejeando; pero la considerable pérdida de sangre le hizo á éste caer desplomado, casi sin esperanzas de vida.

Conducido á la casa de socorro se le hizo la primera cura, y el Plata fué puesto á disposicion del juzgado de guardia.

El agresor, segun parece, es persona conocida y no tardará la policia en echarle mano.

DE PROVINCIAS ha recibido **LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA** los siguientes **TELEGRAMAS:**

Granada, 22 (3 y 4 t.).
Acabo de conferenciar con el arquitecto delegado del gobierno, Sr. Velazquez. Cree que el incendio debió ser casual y motivado acaso porque algun individuo entrase de noche y furtivamente á sacar modelos de las paredes y robar caracteres de las mismas, y que encendiera para ello algun fósforo ó descuidara la luz de que se hubiera servido.

Niega que el siniestro haya tenido la importancia que en un principio se le atribuyó, habiendo quedado reducido al incendio del techo de la galeria Norte del patio de los Arrayanes, de éste se conservan la arcada con arabescos y las pa-

ron á su lado, le hallaron de pie, con el cuerpo echado hacia atrás, la pupila dilatada por el terror, la boca entreabierta y los brazos rígidos y tendidos hacia el cadáver.
—Mauricio—dijo con dulzura el abate,—volvéd en vos, valor...
El joven se volvió, y con desgarradora expresion de atontamiento:
—¡Si... balbuceó,—esto es... valor!...
Tambaleóse y fué necesario sostenerle hasta dejarle en un sillón.
—Sed hombre,—proseguia el sacerdote,—¿gen dónde está vuestra energia? vivir es sufrir...
El joven escuchaba, pero no parecia comprender.
—¡Vivir!... balbuceó,—¿para qué, puesto que ella ha muerto!...
Sus ojos secos tenían el brillo de la locura. El abate tuvo miedo.
—¡Si no llora está perdido!—pensó.
Y con voz imperiosa:
—No toneis el derecho de entregaros de ese modo al dolor,—le dijo,—¡os debéis á vuestro hijo!...
La inspiracion del sacerdote produjo su efecto.
El recuerdo que habia dado á Maria-Ana la fuerza de dominar por un momento á la muerte, arrancó á Mauricio de su peligroso desaliento. Estremecióse como si le hubiese tocado una chispa eléctrica é incorporándose rápidamente:
—Es cierto,—dijo,—debo vivir. Nuestro hijo, es tener algo de ella... llevadme á su lado...
—Ahora no, Mauricio, luego.
—¿En dónde está?... Decidme ¿en dónde está? No puedo, porque no lo sé...
Una indecible angustia diluvióse en el rostro de Mauricio, y con voz ahogada:
—¿Cómo! ¿no lo sabéis?... esciamos—¿no os habia confiado su secreto?
—No... Yo sospeché su embarazo, y estoy seguro que he sido el único en sospecharlo...
—¡El único!... pero entonces nuestro hijo ha muerto ¿quiza, y si vive, ¿quién me dira en donde se halla?
—Ya encontraremos, sin duda, alguna noticia que nos ponga sobre la pista.
El desgraciado apretaba su frente entre sus manos, como si hubiera esperado que así brotara alguna idea de ella.
—Tenéis razon,—balbuceó—Maria Ana cuando se haya visto en peligro no puede haber olvidado á su hijo... Los que la cuidaban en sus últimos momentos han debido recoger las indicaciones que me estaban destinadas... Quiero interrogar á las personas que la han velado...
—¿Quiénes son?
El sacerdote volvió la cabeza á otro lado.
—Os pregunto quien estaba á su lado cuando ha muerto,—insistió Mauricio con una especie de estravio.
Y como el abate continuaba en silencio, un rayo de horrible luz penetro en su espíritu, y Maria-Ana.
—¡Ha muerto víctima de un crimen!—escalzando de ofensa hasta ese punto... ¡odiarla á ella! Reflexionó un momento, y luego con voz desgarradora:

—Pero si ha muerto de ese modo—prosiguió,—¿quiza nuestro hijo se haya perdido para siempre. ¡Y yo que la habia recomendado y mandado las mayores precauciones! ¡Ah! ¡es una maldicion!...
Volvió á caer en el sillón, sumido en el dolor; el brillo de sus ojos palideció y silenciosas lágrimas resbalaban por sus mejillas.
—¡Se ha salvado!—pensó el abate Midon.
Y permaneció á su lado, conmovido ante aquella inmensa desesperacion, cuando sintió que le tiraban de la manga.
Juan Lacheneur se le llevó junto al quicio de una ventana.
—¿Qué es eso de un niño?—preguntó con voz ronca.
Un fugitivo rubor coloró los pómulos del sacerdote.
—Habeis oído—repuso.
—He comprendido que Maria-Ana era la querida de Mauricio, y que tenia un hijo de él... ¿Luego es verdad?... Yo no queria, no podia creerlo... ¡Ella, á quien veneraba como á una santa!... Su frente tan pura y sus miradas tan castas mentan. Y él, Mauricio, que era mi amigo, que era como el hijo de la casa... Su amistad no era más que una máscara que tomaba para robarnos más cómodamente nuestro honor...
Hablaban con los dientes apretados por la ira y tan bajo, que Mauricio no podia oírle.
—Pero como la he podido—prosiguió—ocultar su embarazo... Nadie en el pais lo ha sospechado, nadie absolutamente. Y despues, ¡qué ha hecho del niño!... S. habrá apoderado de ella el temor de la vergüenza, ese vértigo que impels al crimen á las pobres muchachas seducidas y abandonadas... ¡Habrá matado á su hijo!...
Una sonrisa sinistra asomó en sus delgados labios.
—Si el niño vive—añadió como para sí—yo sabré descubrir en donde esté y Mauricio sufrirá el castigo de su infamia...
—Interrumpióse, porque el galope de dos caballos por la carretera llamó su atencion y la del abate Midon.
Miraron por la ventana y vieron á un ginete detenerse delante del pequeño sendero, bajar del caballo, arrojar las bridas al crinido, que iba á caballo tambien, y dirigirse á la Borderie.
A su vista Juan Lacheneur arrojó un verdadero rayo de ira.
—¡El marqués de Sairmeuse!—gritó—¡el aquí! De un salto llegó hasta Mauricio y sacudiéndole de un brazo con una especie de frenesí:
—¡De pie, Mauricio!—le gritó—¡ahí está Marcial, el asesino de Maria-Ana, ¡de pie que viene, ya es nuestro!...
Mauricio se incorporó ebrio de ira, pero el abate Midon le impidió el paso.
—Ni una palabra, jóvenes—les dijo,—ni una amenaza, os lo prohibo... ¡respetad por lo menos á esa pobre muerta!...
Su acento y sus miradas tenían una autoridad tan irresistible, que Juan y Mauricio quedaron como convertidos en estatuas.
El sacerdote no tuvo tiempo más que de volverse. Marcial estaba allí.
No pasó del umbral de la puerta; su mirada, penetrante, abrazó la escena, palideció hor-

Junto al cuerpo de Maria-Ana lloraba un hombre de rodillas.
Era un joven cubierto de andrajos, y la expresion de su rostro, su actitud y sus sollozos revelaban una inmensa desesperacion.
Su dolor le absorbía tan completamente todas las facultades de su alma, que ni siquiera notó la llegada ni la presencia del abate Midon.
—¿Quién era aquel desgraciado que se habia atrevido á introducirse de aquel modo en la casa?
Pasado un momento de estupor, el abate lo adivinó más bien que lo conoció.
—¡Juan!...—gritó con voz fuerte dos veces seguidas.—¡Juan Lacheneur!...
De un salto el joven se puso de pie, pálido y amenazador; el ardor de la ira secaba las lágrimas de sus ojos.
—¿Quién sois?—preguntó con terrible acento.
—¿Qué hacéis aquí?... ¿Qué me queréis?...
Con su traje de aldeano y su larga barba, el antiguo cura de Sairmeuse estaba hasta tal punto desconocido, que tuvo que nombrarse.
Pero en cuanto hubo pronunciado su nombre, Juan exhaló un grito de alegría.
—¡Dios os envia, señor abate!—exclamó.—¡Maria-Ana no puede estar muerta!... ¡Vais á salvarla, vos que habeis salvado á tantos!...
Un gesto del sacerdote, que le señalaba el cielo, le detuvo, quedándose más pálido todavía de lo que estaba. Comprendió que ya no habia esperanza alguna.
—¡Vamos!—prosiguió con acento de horrible desaliento,—el destino no se ha cansado todavía... Yo velaba sobre Maria-Ana en la sombra, de lejos... Y esta noche venia á decirle: ¡Desconfía, hermana mia, ten cuidado!...
—¿Cómo sabiais?...
—Sabia que corria peligro, sí, señor abate... Hace una hora estaba cenando en una taberna de Sairmeuse, cuando uno de los hijos de Grollet entró en ella, ¿Estás ahí, Juan?—me dijo; sacabo de ver al tio Chupin, en emboscada, cerca de la casa de Maria-Ana, y en cuanto me ha visto, el viejo bribon se ha escapado... Me pareció recibir en la cabeza un golpe terrible. Salí como un loco y he venido corriendo con todas mis fuerzas... Pero cuando la fatalidad pesa sobre un hombre, todo es inútil... He llegado tarde.
El abate Midon reflexionaba.
—De modo—dijo—que suponéis que Chupin ha sido...
—No supongo, señor abate, afirmo que es ese miserable ruidor el que ha cometido este abominable crimen.
—Pero ¿qué interés tenia en ello?...
Juan soltó una de esas carcajadas estridentes que son quizá la expresion más verdadera de la desesperacion.
—Perded cuidado, señor cura—repuso Juan,—la sangre de la hija tal vez se sea pagada más cara que la del padre. Chupin ha sido el vil instrumento del crimen, pero no es el quien le ha concebido. Mas arriba es en donde hay que buscar al verdadero culpable, mucho más alto, en el más hermoso castillo del pais, en medio de un ejército de criados, en Sairmeuse en fin!...
—¡Desgraciado! ¿qué queréis decir?
—Lo que he dicho

Y friamente añadió:
—El asesino es Marcial de Sairmeuse.
El sacerdote retrocedió verdaderamente aterrado por las miradas de aquel desgraciado joven.
—¡Os habeis vuelto loco!...—dijo con severidad.
Pero Juan movió gravemente la cabeza.
—Si os parece así, señor cura,—repuso,—es porque ignora la furiosa pasion de Marcial por Maria-Ana... Quería hacerla su querida... Mi hermana tuvo la audacia de rehusar semejante honor, y eso es un crimen que se castiga. El día en que ha quedado convencido el señor marqués de Sairmeuse de que la hija de Lacheneur nunca le pertenecería, la ha hecho envenenar para que no fuera de otro...
Todo lo que hubieran dicho á Juan en aquel momento para demostrar lo insensato de sus acusaciones hubiera sido inútil; ni prueba alguna le habria convenido, porque hubiese cerrado los ojos á la evidencia. Quería que fuese así, porque le convenia á su odio.
—Mañana—se dijo el abate,—cuando esté más tranquilo, le convenceré...
Y como Juan se callaba:
—No podemos dejar así, en el suelo, el cadáver de esa desgraciada—le dijo,—ayudadme á colocarla en la cama.
Juan se estremeció desde la cabeza hasta los pies y durante un momento vaciló.
—¡Bueno!—repuso al fin.
Nadie se habia acordado nunca en aquella época que el pobre Chanlonneau, en la época de las ilusiones de su amor, destinaba á Maria-Ana.
—Será para ella—se decía—ó no será para ella...
Y, en efecto, Maria-Ana fué la primera que se acostó en ella, pero muerta.
Cumplida aquella triste y penosa tarea, Juan se dejó caer en el gran sillón en donde habia espirado su hermana, y en la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, permaneció en silencio, tan inmóvil como esas estatuas del dolor que colaban sobre las tumbas.
El abate Midon se arrodilló á la cabecera de la cama y se puso á recitar las oraciones de los muertos, pidiendo á Dios paz y misericordia en el cielo para la que tanto habia sufrido en la tierra.
Pero no rezaba sino con los labios. Su imaginacion, á pesar de su voluntad y de los esfuerzos que hacia por prestar atencion, se le escapaba.
—¿Preguntábais como habia muerto Maria-Ana?
—Era un crimen... ¿Era un suicidio?
Porque la idea del suicidio también se le ocurrió. Pero no podia admitirla el que en otro tiempo habia sorprendido el secreto del embarazo de aquella infeliz, y que sabia que era madre, aunque ignoraba lo que habia sido de su hijo.
Por otra parte, ¿cómo explicar aquel crimen?...
El sacerdote habia examinado escrupulosamente la habitacion, sin descubrir nada que revelara la presencia de una persona extraña. El único que habia podido notar que el suelo de arsénico estaba vacío, y que Maria-

edes, pudiéndose armar la mitad del techo con los fragmentos que se han recogido de entre los escombros. Estando reconstruyendo esta parte el malogrado Rafael Contreras, también ardió el techo del salón de la Barea.

Para la reconstrucción existen hoy medidas, dibujos y fragmentos.

El Sr. Velazquez caloula que las reparaciones no excederán de unos 30000 duros.

Granada entera protexa contra las exageraciones que en un principio se comunicaron a Madrid y pasaron despues al extranjero, haciendo que se diera a la catástrofe un alcance que, por fortuna, ha estado muy lejos de tener.

Se ha suspendido, a causa del temporal, la corrida de toros anunciada para esta tarde.

Hoy martes comenzarán en la Escuela Nacional de Música y Declamación los exámenes extraordinarios de fin de curso.

Ayer se reunieron en el Ayuntamiento las comisiones de cementerios, ensanches y mercados.

En esta última comisión se estudió el dictamen contestando a la excitación del alcalde para bajar el precio de la carne.

Además se estudiará un proyecto presentado por una sociedad inglesa, que piensa establecer en el mercado de los Montsenes cámaras frigoríficas para la conservación de la carne y los pescados.

Telegrafian desde París a La Epoca: «Parece que el Sr. Sagasta no ha podido resistir el enojo del Sr. Castelar, y mediante explicaciones, ha vuelto a restablecerse la armonía entre ambos hombres públicos.

Para celebrar la reconciliación, mañana martes dará un gran almuerzo el señor D. Telesforo Garcia, al que asistirán los Sres. Sagasta y Castelar.»

A LAS CUATRO DE LA TARDE De los SUCESOS DE ONA (Carolinias Orientales) publica hoy en el periódico oficial el ministerio de la Guerra el extracto de los partes recibidos del capitán general de Filipinas.

El capitán general de Filipinas, en 12 de agosto último, participa que el gobernador político militar de las Carolinas Orientales le da cuenta con fecha 10 de julio de la sorpresa de que ha sido víctima el día 25 de junio un destacamento compuesto de un oficial y 57 individuos de tropa, establecido en la ranchería de Ona (Ponapé), resultando muertos alevosamente el comandante de la fuerza, teniente de infantería D. Marcelo Porras, dos cabos europeos, otros dos indígenas y 29 soldados.

Segun los partes remitidos por el espresado gobernador de las Carolinas Orientales, despues de terminado el camino de Mulo (Kili) a Ona, que con gran interés y celo construyó el mencionado teniente Porras, se procedió a la elección de terreno para edificar el fuerte-cuartel y la iglesia, designándose el sitio por los jefes de tribu, personas de significación, el propio reyzeulo, convocados al efecto en la casa gobierno de Ponapé.

Comenzada la construcción del fuerte en Ona por los soldados del destacamento, alojados provisionalmente en casas que los jefes de tribu ofrecieron dándoles muestras de afecto y carifio, todo marchaba en la mejor armonía, cuando el 28 de junio el teniente Porras salió para el monte a las seis de la mañana con la fuerza a sus órdenes y con el propósito de cortar tablones para levantar el segundo piso del cuartel, quedando las armas al cui-

dado de una guardia compuesta de un cabo y cuatro soldados. Notada la ausencia por dos jefes de tribu llamados Kromul Chamalup y Tok Metalama de Nesu, insurreccionados y en otra ocasión contra el reyzeulo, se abalanzaron al frente de los suyos y en gran número hacia el campamento de Nipa, donde se custodiaban las armas del destacamento, sorprendieron la confiada guardia, a la que asesinaron vilmente despues de una heroica defensa y se apoderaron de los fusiles, marchando acto continuo contra el teniente Porras y sus indefensos soldados, a los que hicieron fuego mientras se hallaban tranquilos en sus trabajos, matando a aquel valeroso y entusiasta oficial, así como a 33 de sus subordinados, imposibilitados desgraciadamente de hacer resistencia a tan cobarde y desigual agresión.

El jefe de la misión de PP. Capuchinos, establecida en Ona, reverendo P. Agustín de Arifles, con su hermano Fray Benito, al oírse la gritería de los abaleados fueron socorridos por el natural Manepel, en Kiti, maestro protestante encargado accidentalmente del colegio de hombres, quien, lleno de intrepidez, dióles abrigo en su casa y mediante la influencia moral que ejerce sobre el pueblo de Ponapé impidió entrasen en ella los rebeldes, conduciéndolos luego a la de Miss Palmer, encargada del colegio de niñas protestantes. Esto no obstante, algunos rebeldes intentaron matar a nuestros misioneros, pero Nanapei, dando muestra de ser buen amigo de España, presentó su pecho ante los fusiles gritando: «primero a mí que a ellos», evitando desgracias que parecían inminentes y logrando poner más tarde en salvo a los misioneros y a un cabo, cuatro soldados y un sanitario del destacamento, escapados de la matanza, quienes tras grandes penalidades y riesgos pudieron refugiarse en el transporte Manila. Del resto del destacamento se han salvado 19 soldados que pudieron llegar a Ponapé.

Al tener noticia a las nueve y tres cuartos de la mañana de estos sucesos por el reverendo padre Agustín de Arifles, el gobernador de las Carolinas Orientales dispuso que el alférez del regimiento infantería de Mindanao, núm. 78, D. Saturnino Serrano, con un sargento, tres cabos y 40 soldados del propio cuerpo embarcasen en un bote, con cañon del *Maria de Molina* y en otro del *Manila* al mando ambos que iban remolcados por una lancha de vapor del alférez de navío D. José María Suniyer. Dicha expedición salió de Santiago de la Ascension a las once y media de la mañana, y a la una y media se hallaba frente a los rebeldes en el pueblo de Ona, pudiendo distinguir dos banderas blancas que parecían indicar parlamento. Aproximados los botes a la menor distancia que les permitió el bajo que se estendié enfrente de aquel, y tomadas las debidas precauciones, ordenó el alférez Serrano el desembarco de la fuerza, efectuándolo la mitad desplegada en guerrilla y conservando la restante en orden.

Pasado un momento y viendo que nadie salía al encuentro continuó el avance hacia las primeras casas, acompañando al alférez un intérprete. Al llegar a la distancia de 80 ó 100 metros llamaron repetidas veces a varios naturales que se dividaban, oyendo por contestación disparos aislados seguidos de un fuego vivísimo salido de toda la línea, cuyo frente ocupaba la columna. Contestó esta y lo sostuvo por espacio de quince ó veinte minutos, pero siendo muy superiores las fuerzas de los rebeldes y sus posiciones ventajosísimas por estar parapetados en las piedras, y en vista además de las muchas bajas experimentadas en tan breve tiempo, consideró el jefe de la expedición de acuerdo con el alférez de navío Suniyer, que una vez cumplido el objeto del reconocimiento, era necesario retirarse a los botes y batirse así favorecidos por el cañon que llevaba el *Maria de Mo-*

lina que tiró con metralla y aguardar la llegada del transporte *Manila*, verificándose la operación con el mayor orden, recogiendo los heridos.

Mientras tanto, aquel buque que había salido del puerto de Santiago de la Ascension, sufrió una varada; a pesar de llevar a bordo dos de los prácticos mejor conceptuados de la localidad, a causa de los inmensos escollos que tan frecuentemente originan las pérdidas de barcos. Este retraso y las bajas experimentadas por la fuerza a las órdenes del alférez Serrano, que consistieron en dos muertos, nueve heridos y varios contusos, fi-gurando entre los heridos el alférez, impusieron la necesidad de regresar a la colonia, porque era temerario intentar nuevo desembarco sin la protección de el *Manila*.

Al regresar a Santiago de la Ascension el alférez Serrano, dió cuenta del resultado de su misión al gobernador de las Carolinas Orientales, el que a-optó aquellas disposiciones que eroyó convenientes al objeto de aislar a los rebeldes, bombardeando el 30 el *Manila* a Ona, recibiendo aquella autoridad demostraciones carifiosas de los indígenas leales, que consideraban dignos del mayor castigo a aquellos de sus vecinos que tan vilmente habían procedido.

El capitán general de Filipinas tuvo conocimiento de los sucesos por el alférez de navío D. José María Moreno Elizaga, el que salió para Manila en un pailebot fletado al efecto, y que tuvo necesidad de arribar al puerto de Apra (Marianas) a causa de los temporales. En dicho puerto se hallaba el vapor correo *Don Juan*, y a esta coincidencia se debe el que la noticia no llegara más tarde, dada la distancia y escasez de comunicaciones.

Tan pronto como la autoridad superior del Archipiélago filipino se enteró de lo ocurrido, organizó una expedición fuerte de 800 hombres al mando de un coronel, la que a bordo de los cruceros *Veloso* y *Don Juan de Austria*, y llevando además transportes con víveres, municiones, material y combustible, tiene la misión de castigar a los rebeldes de una manera que sirva de ejemplo. El capitán general de Filipinas, al dar cuenta de los sucesos referidos, dice que si bien han sido lamentables y desgraciados, no revisten, en su concepto, a pesar de su importancia, caracteres graves ni peligro para nuestra dominación en aquel territorio.

Madrid 22 de setiembre de 1890.

Dicese que pronto llegará a Madrid el gobernador civil de la Coruña.

Un matrimonio de Sigüenza, de común acuerdo, y con una crueldad espantosa, ha dado muerte a sus tres hijos por librarse de las molestias que los infelices pudieran ocasionar.

Enterados los vecinos, costó mucho trabajo a la Guardia civil reprimir la cólera popular, que quería matarlos.

Dice *La Iberia*: «Poco faltó para que ayerse produjera un conflicto en la iglesia de Jesús. Celebraban en aquel templo la fiesta a su patrona la hermandad de los repartidores de periódicos que estuvo establecida en San Antonio del Prado.

Sabido al púlpito el predicador, y tales cosas dijo contra la aristocracia española en general, que el celebrante, que lo era el capellan de la iglesia en que la fiesta tenía lugar, le hizo comprender por medio de signos la inconveniencia de seguir por aquel camino.

El predicador emprendió rumbo diferente, pero volvió a las andadas, dando esta vez contra la dama que autorizó el derribo de la iglesia de San Antonio antes citada.

Disponiase el celebrante a llamar de un modo más expresivo la atención del sagrado orador, cuando éste tuvo el buen

acuerdo de cesfirse al asunto que motivaba la festividad»

HAN FALLECIDO: En Almería Mr. Vollot, ingeniero francés. En Cádiz, D. Luis Garcia Vela. En Valencia, D. Martín Pastor Ferrandis. En Tarragona, D. Juan Mayo Espasa. En Vigo, D. Quirico Arrans. En Santiago, D. Dionisia Garay Cor-dovil. En Barcelona, D. Anita Garcia Alfonso.

D. Maria de la Soledad de Ponte y Magaux falleció en Madrid, no en Torre vieja, como equivocadamente se dijo.

Hablando del último temporal dice un periódico de Tarragona con referencia a vecinos de Salomé, que en este pueblo habían ocurrido varios hundimientos, producidos por las lluvias, y que habían ocasionado nueve muertes.

Tomándola de un periódico de Coruña publicamos la siguiente noticia: «Ha llegado hasta nosotros la noticia, cuyo origen consideramos sumamente autorizado, de que el Sr. Linares Rivas será en breve trasladado a las oficinas del ministerio de la Gobernación, sirviendo de base la vacante que deje en este gobierno y de la de algun otro de la Península para la primera combinación de gobernadores que se lleve a cabo.»

Leemos en *El Liberal*: «Londres, 22 (9:35 n.). Durante las elecciones verificadas en Goa (India portuguesa), ocurrieron graves disturbios.

Las tropas hicieron fuego sobre el candidato republicano, resultando 18 muertos y 50 heridos.

La población, indignada, presentará una exposición de agravios al rey de Portugal. Si esta es desatendida, solicitarán de Inglaterra la anexión de las posesiones portuguesas a la India inglesa.—R.»

Ayer tarde fue recibida por el ministro de la Gobernación una comisión del Centro de maestros de obras, directores de caminos y agrimensores de España, compuesta del director del periódico *La Lintea Recta*, D. Leonardo Crespo y Pozos, del presidente del Centro D. Federico Solé y de los Sres. Godínez, Huertas y Paumaro, solicitando la aprobación del proyecto de tarifas para toda clase de operaciones de agrimensura presentado al de Fomento, y que ha pasado allí para su definitiva resolución.

En vista de la atención que el Sr. Silveira prestó a las manifestaciones de dicha comisión, cree ésta que se dará pronto cima al expediente que con tal motivo se tramita.

Escribe un periódico de San Sebastian que anteayer pasó por aquella ciudad procedente de París y con dirección a Lisboa, el director del importante periódico republicano *O'Seculo*, Sr. Magallanes Lima.

Parece que en París ha celebrado varias conferencias con el Sr. Ruiz Zorrilla y otros significados republicanos franceses.

El representante a los señores *Schneider y C.* del *Creusot* (Francia), ha recibido noticia telegráfica del resultado de las pruebas comparativas llevadas a cabo el 18 del corriente en el polígono de Annapolis (Estados-Unidos), entre una plancha de blindaje de sistema mixto, presentada por Cammell y otras dos de metal *Schneider*.

«Cada plancha recibió cuatro disparos con proyectiles de acero cromado Holtzer: la plancha Cammell fue perforada por los cuatro, llegando el último a atravesar el murrallón sobre el que se asentaba, y todos ellos arrancaron grandes fragmentos de la cubierta de acero: las planchas *Schneider*, no solo no fueron perforadas, ni sufrieron hendidura alguna, sino que tres de los cuatro proyectiles se hicieron pedazos al chocar con ellas.» Como se vé, las pruebas no han podido ser más satisfactorias para los señores *Schneider* y justifican una vez más la fama universal de que gozan los talleres del *Creusot*, talleres de los que salió el blindaje de nuestro acorazado *Pelayo*.

A LAS OCHO DE LA NOCHE

Del EXTRANJERO hemos recibido de la *Agencia Fabra* y de nuestros correos póstumos los siguientes DESPACHOS TELEGRAFICOS:

Montevideo, 22. El vapor correo de la Compañía Trasatlántica *Ciudad de Cadiz* llegó ayer a este puerto.

París, 23. El congreso antiesclavista celebró ayer su primera sesión habiendo quedado en ella elegida la mesa que ha de presidir sus tareas. Esta ha quedado constituida en la forma siguiente:

Presidente, Sr. Keller. Secretario general, señor conde de Reuberg.

Vicepresidentes: los Sres. Jiger, presidente del comité antiesclavista de Colombia; monseñor Jacobo, presidente del comité de Bruselas; Sorela, delegado de España; Amiers, secretario general de la *Antiesclavagery Society*, y el príncipe Rogposki, presidente del comité de Roma.

El presidente Sr. Keller, pronunció un brillante discurso dando la bienvenida a los delegados extranjeros y especialmente a Inglaterra, por sus asiduos e importantes trabajos en pró de una obra tan meritoria que imponen la civilización y el progreso para que desaparezca de una vez para siempre el repugnante comercio de seres humanos.

Después de este discurso, el delegado por Lovaina, Sr. Deschamps, pronunció otro no menos elocuente relatando la situación actual de Africa.

La sesión terminó a las seis de la tarde. En la sesión que celebre hoy el congreso hablarán los Sres. Lavigerie y Livinial.

Despues se votarán las resoluciones propuestas.

Londres, 23. *The Standard* publica un despacho de Roma, manifestando que en el Consejo de ministros presidido por el Sr. Crispi quedo acordado que las elecciones generales se verifiquen en el próximo mes de noviembre.

Quebec, 23. El periódico *Quebec Telegraph*, órgano del Sr. Domald, primer ministro canadiense, publica un violento artículo diciendo que ha llegado la hora de echar abajo *carretas*, y proclamar en voz muy alta la necesidad imperiosa e inevitable de anexionarse a los Estados-Unidos.

Bombay, 23. Las noticias oficiales recibidas de la India portuguesa confirman que los des-

Una había sido envenenada con el caldo, del que quedaban algunas gotas en la taza dejada sobre la chimenea.

—Cuando sea de día—pensó el abate—veré por tuera.

En cuanto amaneció, en efecto, bajó al jardín y se puso a describir alrededor de la casa, círculos que iban ensanchándose, como hacen los perros que rastrean.

Al principio no halló nada que pudiera ponerle sobre la pista, ni huellas de pasos, ni rastro de persona alguna.

Yba a abandonar sus inútiles investigaciones, cuando habiendo entrado en el bosquecillo, vió le lejos como una gran mancha negra sobre la yerba. Aceróse... era sangre.

Fuertemente impresionado corrió a llamar al hermano de Maria-Ana para enseñarle su descubrimiento.

—En este sitio han asesinado a alguien—dijo Juan—y ha sido esta misma noche, porque la sangre aun no ha tenido tiempo de secarse.

De una ojeadita el abate Midon había explorado el terreno por alrededor.

—La víctima perdía mucha sangre—dijo;—quizás llegásemos a conocerla siguiendo sus huellas.

—Voy a probar—contestó Juan.—Volvad a subir, señor cura, que yo pronto estoy de vuelta. Un niño habría reconocido el camino seguido por el herido; tan claras y distintas estaban las huellas de su paso. Se había ido arrastrando por las hierbas que se veían aplastadas, y en los sitios que no existían se notaban de trecho en trecho manchas de sangre.

Aquella pista tan visible se detenía en casa de Chupin. La puerta estaba cerrada. Juan llamó sin vaellar.

El mayor de los hijos del viejo merodeador fue a abrirle, y entonces vió un espectáculo extraño.

El cadáver del traidor había sido arrojado en un rincón; la cama estaba revuelta y destrozada; toda la paja del jergón la habían sacado, y los hijos y la mujer del difunto, armados de paños y azadones, removían con encarnizamiento el suelo de tierra de la choza... ¡Buscaban el tesoro...

—¿Qué queréis?—preguntó rudamente la vida. —Al tío Chupin... —No véis que lo han asesinado—repuso uno de los hijos.

Y blandiendo su pliqueta a dos pulgadas de la paliza y Juan, añadió: —Y el asesino está tal vez dentro de tu cámara, canalla... pero esto será cuestión de la justicia... Vamos, ya te estás largando, ¿no?

Si no hubiera escuchado más que a sus inspiraciones de su ira, Juan Lacheneur hubiera tratado de hacer arrepentir a los hijos de Chupin de sus provocaciones y amenazas...

mi mano, y mi venganza no se ha cumplido, ¡me la han robado!

Luego se preguntaba quién podía ser el asesino del viejo merodeador.

—¿Será Marcial—pensó quien le ha asesinado despues que envenenó a Maria-Ana?... Matar a un cómplice es el medio más seguro de asegurar su silencio...

Habia llegado a la Borderie y ya empezaba a subir la escalera que conducía al piso principal, cuando creyó oír como el murmullo de una conversación en la pieza del fondo.

—Es extraño,—se dijo—¿quién estará ahí? E impedido por un movimiento instintivo de curiosidad, fué a llamar a la puerta de comunicación.

En el mismo instante apareció el abate Midon, que tiró de la puerta hacia sí. Estaba más pálido que de costumbre y visiblemente agitado.

—¿Qué sucede, señor cura?—preguntó vivamente Juan.

—Sucede... sucede... adivinad quién está ahí... en ese cuarto...

—¿Cómo queréis que lo adivine?

—Mauricio de Escorval y el caporal Bavois. Juan hizo un movimiento de estupor.

—¿Dios mío!—balbuceó. —Y es un milagro que no haya subido. —¿Pero de dónde viene y cómo no ha dado noticias suyas?

—Lo ignoro... No hace todavía cinco minutos que está ahí... ¡Pobre muchacho! Despues que le he dicho que su padre estaba salvado, su primera palabra ha sido: ¡Y Maria-Ana! La quiere más que nunca... vuelve con el corazón radiante de esperanza y yo tiemblo y tengo miedo de anunciarle la verdad...

—¡Oh! ¡desgraciado!... ¡desgraciado!... —Ya estáis avisado, sed prudente... y ahora venid.

Entraron juntos y tanto Mauricio como el viejo soldado estrecharon las manos de Juan Lacheneur con toda la efusión de la más viva amistad.

No se habían visto desde el día en que los soldados y cuando se separaron aquel día, ignoraban si se volverían a ver jamás...

—Y sin embargo, ya estamos reñidos aquí—repetía Mauricio,—y no tenemos ya nada que temer.

Nunca aquel infeliz había estado tan alegre, y con aire de broma se puso a contar los motivos de su largo silencio.

—Tres días despues de haber pasado la frontera, el caporal Bavois y yo llegamos a Turin. Francamente; ya era tiempo, porque estábamos reñidos de cansancio. Yo había tenido empeño en albergarme en una posada más que modesta y que nos habían dado un cuarto con dos camas. Recuerdo que por la noche, al acostarnos, el caporal me decía: «Soy capaz de estar durmiendo dos días seguidos sin despertar.» Yo también me prometía un sueño de más de doce horas... pero contábamos sin la higuera, como vais a ver...

Apenas amanecía, al día siguiente, cuando nos despertó un gran tumulto... Una docena de señores mal fachados invadieron nuestro cuarto, ordenándonos brutalmente, en italiano, que

nos vistiésemos... Como no éramos, los más fuertes, tuvimos que obedecer y una hora despues, estábamos en la cárcel, encerrados en la misma celda. Confieso que nuestras ideas no eran de color de rosa...

Recuerdo perfectamente que el caporal no dejaba de decirme con la más hermosa sangre fría:

«Para obtener nuestra estradicción son necesarios cuatro días, y tres para volvernos a Montaignac, son siete; pongamos que allí bajo me dejen veinticuatro horas para reconciliarme con Dios, total, ocho días me quedan de vida.»

—Es que lo pensaba así,—dijo el viejo soldado.

Durante más de cinco meses,—prosiguió Mauricio,—nos hemos estado diciendo en vez de buenas noches: «Mañana vendrán a buscarnos» y no iban.

Por lo demás, nos trataban perfectamente, me habían dejado dinero y nos vendían con mucho gusto algunos extraordinarios, nos concedían todos los días dos horas de paseo en un patio tan ancho como un pozo, y hasta nos prestaban algunos libros...

En suma, que no me hubiera quejado mucho, si hubiese podido tener noticias de mi padre y de Maria-Ana y darles mis... Pero estábamos incomunicados por completo...

Por fin al cabo de mucho tiempo nuestra detención nos pareció tan extraña y nos llegó a ser tan insoportable, que resolvimos el caporal y yo obtener, aun a riesgo de nuestra vida, algunos datos que nos iluminaron, y cambiamos de táctica.

Nos habíamos hasta entonces mostrado resignados y sumisos, y de repente nos volvimos indisciplinados y furiosos.

Lenábamos la prisión con nuestros gritos y nuestras protestas, pidiendo incesantemente el ver al director y reclamando la intervención del embajador francés.

El resultado no se hizo esperar. Una tarde el director nos recibió cortesmente, no sin habernos expresado el sentimiento que tenía de separarse de unos presos de tanta importancia, tan amables y tan encantadores.

Nuestro primer cuidado, naturalmente, fué correr a la embajada. No llegamos hasta el embajador, pero nos recibió el primer secretario. En cuanto le espusimos nuestras reclamaciones, frunció el entrecejo y su rostro se puso escaradamente grave.

Recuerdo palabra por palabra su contestación.

«Caballero—me dijo,—puedo aseguraros que las pesquisas de que habéis sido objeto en Francia, no tienen que ver nada con vuestra detención aquí.

Y como yo me sorprendí de sus palabras: —«Mirad—añadió,—voy a expresar francamente mi opinión: uno de vuestros enemigos, buscado cual, debe tener en Turin poderosas influencias... Sin duda le estorbabais, y os ha hecho encerrar administrativamente por la policía piemontesa...»

Juan Lacheneur pegó un terrible pufetazo sobre la mesa que estaba colocada junto a él. —¡Ah!... El secretario de la embajada tenía razón—exclamó.—Mauricio, el que te ha hecho

detener allá bajo ha sido Marcial de Sairmeuse.

—O el marqués de Courtmieu—interrumpió vivamente el abate fijando una mirada en Juan, que detuvo las palabras en sus labios.

Una llamarada de ira había brillado en los ojos de Mauricio; pero casi en seguida se encogió de hombros.

—¡Bah!—dijo.—No quiero recordar el pasado... Mi padre está restablecido y eso es lo importante para mí. Ya hallaremos, con ayuda del señor cura, algun medio de atravesar la frontera sin peligro... Entre Maria Ana y yo, olvidará más imprudencias han estado a punto de costarle la vida... ¡Es tan bueno mi padre!... Nos estableceremos en Italia ó en Suiza. Nos acompañareis, señor abate, y tú también, Juan. Respecto a vos, caporal, no hay que decir que sois de la casa.

No hay cosa más horrible como ver alegre, lleno de seguridad y radiante de esperanza al hombre que uno sabe estar herido por una de esas catástrofes que destruyen su porvenir.

Tan desconsoladora era la impresión del abate y de Juan, que su rostro expresó algo que Mauricio notó.

—¿Qué tenéis?—preguntó sorprendido. Los otros se estremecieron, bajaron la cabeza y se callaron.

Entonces la sorpresa del infeliz se trocó en vago é indecible espanto.

Con un solo esfuerzo de reflexión enumeró todas las desgracias que podían herirle.

—¿Qué ha sucedido?—dijo con voz ahogada;—mi padre se ha salvado, ¿no es cierto?... Mi madre, según me habéis dicho, nada tendría que desear si yo estuviese a su lado... ¡Luego es Maria-Ana!...

El joven vacilaba en seguir. —¡Valor, Mauricio!—murmuró el abate,—¡valor!

El desgraciado se tambaleó, más blanco que la pared de yeso en que se tuvo que apoyar. —¡Maria-Ana ha muerto!—exclamó. Juan Lacheneur y el sacerdote no contestaron.

—¡Muertal—repitió,—en mi interior no he sentido presentimiento alguno. ¡Muertal! ¡Cuadros!...

—Esta misma noche—repuso Juan. Mauricio se incorporó animado por una suprema esperanza.

—Esta misma noche—dijo,—inego, entonces... ¡Juan está aquí... ¡En dónde!... ¡Alla arriba!... Y sin esperar la respuesta se lanzó hacia la escalera tan rápidamente, que ni Juan ni el abate Midon tuvieron tiempo de retenerle.

En tres saltos llegó al cuarto, dirigiéndose a la cama y con mano firme apartó la sábana que cubría el rostro de la muerta.

Pero retrocedió, arrojando un terrible grito. Era aquella realmente la hermosa, la radiante Maria-Ana que le había amado hasta el punto de entregarse a él... No la conocía. No podía reconocer aquellas facciones descompuestas y crispadas por la agonía, aquel rostro amaratado por el veneno, aquellos ojos que casi desaparecían bajo una hinchazón sanguinolenta.

Cuando Juan Lacheneur y el sacerdote llega-

ALMANAQUE

SANTOS DEL DIA 24.—Nuestra Señora de las Mercedes. Sol: sale a las 5:49; se pone a las 5:55.

CULTOS PARA EL DIA 24.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en las monjas de Góngora, y continúa el novenario de Nuestra Señora de las Mercedes, predicando en la misa el Sr. Corrales y por la tarde, el P. Pío. carmelita; se hará procesion de reserva.

En San Pascual hay jubileo perpetuo de Cuarenta Horas. En Alarcon, id. id., Sros. Yagüe y Montalban.

En San Luis también habrá novena a Nuestra Señora de las Mercedes, por la tarde, siendo oradores los Sros. Segovia y Zaballo.

En San Millán continúa la novena de la Virgen de las Mercedes, predicando por la mañana a las diez en la misa el señor Montalban, y por la tarde el Sr. Cardona.

En las monjas de San Fernando (Cuatro Caminos) se hará igualmente novena a la Virgen de las Mercedes, predicando los Sros. D. Isidro Ocaña y D. Paulino Corrales.

En el Cristo de la Salud continúa el novenario a su Titular, siendo oradores los Sros. Cardona y Mon. En los Servitas continúa la setena dolorosa, predicando los Sros. Vigier y Padre Fernandez.

En San Ginés habrá novena a Nuestra Señora de la Soledad, por la noche, predicando el Sr. Pelaez.

En Santiago, función a Nuestra Señora de la Vida, predicando el Sr. Rivilla.

En Santa María, a su Titular, con manifestos y salve. En el Caballero de Gracia, ejercicios por la tarde a las tres y media, para la Escuela de María.

La misa y oficio divino son de Nuestra Señora de las Mercedes. Visita de la Corte de María: Nuestra Señora de las Mercedes, en Alarcon ó en San Millán, ó de la Paz y Caridad, en Comendadoras.

La Sta. Escuela de María, establecida en la iglesia del Caballero de Gracia, celebra el 24 su ejercicio a las cuatro de la tarde, con sermón.

En la parroquia de San Luis sigue la solemne novena a Nuestra Señora de las Mercedes, ejecutando la parte musical la capilla sacra que dirige el notable maestro D. Julio Caminal.

Esta noche celebra la real archicofradía de María Santísima de las Mercedes de D. Juan de Alarcon la solemne misa y máitines que por privilegio se dice todos los años. La iglesia, adornada con mayor lujo cada año, estará, como siempre, profusamente iluminada y desde luego muy concurrida de hermanos, algunos con los hermosos mantos de la Orden, y dirigida la parte musical por la notable capilla de D. Victor Esteban Lozano.

ASOCIACION MUTUA.

En los dias del 1 al 3 de octubre próximo y hora de una a tres de la tarde estará abierto en la casa de la Asociacion Mutua del Ejército y Armada y de su Montepío, plaza de San Miguel, número 7 piso segundo izquierda, el pago de las

pensiones correspondientes al mes de setiembre, a las señoras viudas y huérfanos de los inscriptos cuyo derecho al cobro haya sido declarado.

En los mismos dias se pagarán los atrasos por igual concepto y percibirán 500 pesetas a cuenta de los auxilios fijos los herederos de los socios de la Mutua, según turno establecido que hayan sido avisados al efecto por la secretaría general de la asociacion.

ASILOS DE LA NOCHE

En la noche del dia 22 se ha dado hospitalidad, cena y desayuno, en el Asilo del Norte, a 28 hombres, 3 mujeres y 3 niños. Total 36.

CASAS DE SOCORRO.

El dia 22 se asistieron en las de esta capital 71 accidentados: 19 graves, 52 leves y 0 de pronóstico reservado.

ENTERRAMIENTOS

El dia 21 se ha dado sepultura en los cementerios de esta capital a 66 cadáveres y 4 fetos. De viruela, 16. De difteria, 3. El dia 22, 58 cadáveres y 1 feto. De viruela, 12. El dia 23, 68 cadáveres y 3 fetos. De viruela, 28. De difteria, 2.

VACUNACION MUNICIPAL

El dia 24 vacunará directamente de la ternera a los pobres de la casa de socorro del distrito del Congreso el Dr. Balaguer, a las diez de la mañana encargado por el Ayuntamiento de este servicio.

El dia 23 se vacunaron 45 en el distrito del Hospital.

GOBIERNO MILITAR

ORDEN DE LA PLAZA PARA EL DIA 24.—Parada: Wad-Rás.

Jefe de dia y presidente de la junta inspectora de provisiones: señor coronel del 2.º de Zapadores, D. Estanislao de Urquiza.

Imagineria: señor coronel del 3.º Divisoria, D. José Clavería.

Visita de Hospital: Cuenca, tercer capitán.

Reconocimiento de provisiones: Pavia, segundo capitán.

Vigilancia para la primera y segunda zona, a las órdenes del señor jefe de dia: primero y segundo capitán de Manila.

CHARADA

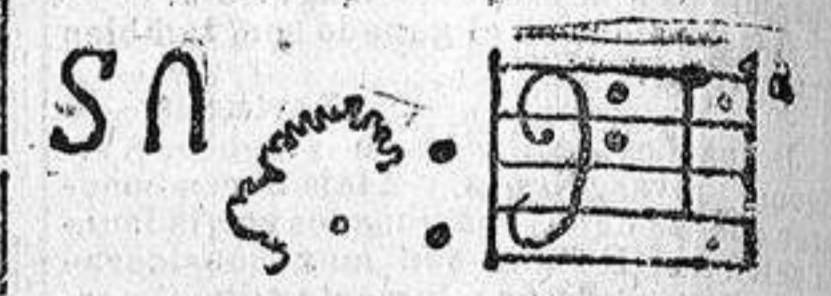
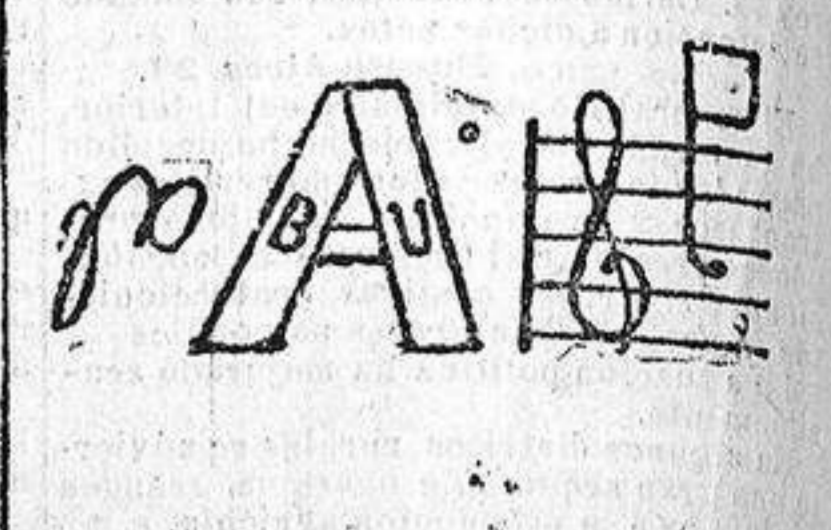
En un instituto var puedes cuarta tras primera, y mi segunda y tercera por nada quisiera ser. Puedes tres-cuatro observar, si el mar tienes a la vista; mi todo suele el artista a nuestros santos pintar.

Solucion a la anterior: OBEDECE. ESPECTACULOS PARA EL DIA 24.

LARA.—8 1/2.—1.ª serie.—Turno 1.º imp. Una idea feliz.—La carta de una mujer.—La cáscara amarga.—Amen! ó el ilustre enfermo. MARTIN.—8 1/2.—La restauracion.—La amazona.—Oro, plata, cobre y... nada.—Nina. ESLAVA.—8 1/2.—El cabo Baqueta.—

Los embusteros.—La cáscara amarga.—Las doce y media ysereno. ALHAMBRA.—8 1/2.—(Dia de moda).—Gli Hugonotti. ROMA.—8 1/2.—Sin comerlo ni beberlo.—El verso y la prosa.—(Pobre pueblo!)—Mal de ojo.—(Baile en todos los actos.)—CIRCO DE COLON.—8 1/2.—(Moda).—Grande y variada funcion, programa escogido, en la que tomarán parte los principales artistas de la compaña. Entrada general, 30 céntos. GUINOL (esplanada de la montaña rusa).—Funciones de 6 de la tarde a 12 de la noche.

JEROGLIFICO



SOLUCION DEL ANTERIOR

La rosa despidie un aroma suave y balsámico.

LA SEÑORA DOÑA M.ª DEL CARMEN MOLTO de Corradi falleció el 24 de setiembre de 1889. R. I. P. Todas las misas que se celebren mañana en la parroquia de San Jerónimo el Real, se aplicarán por el alma de dicha señora. A las diez será la misa de Requiem.

Décimo aniversario EL EXCMO. ÉLMO. SR. D. JUAN DE RIBERA Y PIFERRER, inspector jubilado del cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, falleció el dia 24 de setiembre de 1889. R. I. P. Todas las misas que se celebren mañana 24 de setiembre, en la iglesia de la Concepcion (barrio de Salamanca) serán aplicadas por el eterno descanso de su alma. Su viuda la Excmo. Señora doña Cristina Moreno y Villalba, sus hermanos políticos, sobrinos, sobrinos políticos y demás parientes, suplican a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios.

MOBILIARIO DE COMERCIO Se vende la anaquelaria, armario, mostradores y demas enseres del establecimiento de ropa blanca de «Hijas de J. Bianchi», calle de Alcalá, 33 y 35, piso principal. ACADEMIA PIÑAL Las MAYORES GARANTIAS Y VENTAJAS. TRINIDAD, 16, TOLEDO. ENFERMEDADES DE LOS OJOS Y PÁRPADOS Curacion asegurada con la pomada de la viuda Farnier. Más de cien años de existencia. Desconfiese de las numerosas falsificaciones y exija siempre la firma en la cubierta de los botes. Depósito general en Thiviers (Dordonia, Francia), y en España en las principales farmacias. LA VERDAD CAMAS, COLCHONES Y MUEBLES. 60. JACOMETREZO. 62.—A plazos y contado.

LA SEÑORA DOÑA EMILIA JORDAN Y LOPEZ VIUDA DE ALMECH ha fallecido el dia 23 de setiembre de 1890, despues de haber recibido los Santos Sacramentos. R. I. P. Su director espiritual, sus hijas doña Petra y doña María del Pilar, primos, sobrinos, demás parientes y testamentarios, Ruegan a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios y asistir a la conduccion del cadáver, que tendrá lugar el dia 24 del actual, a las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, calle de Isabel la Católica, número 4, al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo y San José, en lo que recibirán especial favor. El duelo se despide en el cementerio. No se reparten esquelas. Se suplica el coche.

Las Farmacias, Perfumerias y Bazaros La VELOUTINE Polvo de Arroz especial Preparado al Bismuto por CH. L. FAY, Perfumista PARIS, 9, Rue de la Paix, 9, PARIS. CURACION del DIABETES El Vino URANIADO PESQUI Hace disminuir de un gramo por dia EL AZÚCAR DIABÉTICO DEPOSITO en: MADRID BARCELONA MORONO NEQUEL VICENTE PERRER Y CA. Venta por mayor: PESQUI, Burdeos.

LA SEÑORA D.ª PETRA MUÑIZ Y ALAIZ VIUDA DE VILLAPADIERNA falleció el 16 de setiembre de 1890, a la edad de 82 años. R. I. P. Todas las misas que se celebran el 26 de dicho mes en la iglesia parroquial de San Jerónimo el Real, y al siguiente dia 26 en la Concepcion (barrio de Salamanca) serán aplicadas por el alma de la finada. Sus hijos doña Juana, el Excmo. Sr. Conde de Villapadierna, doña Marcela, D. Leon y doña Obdulia; sus hijos políticos, nietos, nietas políticas, biznietos, hermanas, hermanos políticos, primos, sobrinos, demás parientes y testamentarios, Ruegan a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios y asistir a tan piadosos actos.

FALTA DE FUERZAS ANEMIA - CLOROSIS DEBILIDAD - CONSUMCION el HIERRO BRAVAIS representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales medicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estomago, no entorpece los dientes.—Hiciera venir gratis su caja gratis. En las Farmacias.—De venta en todas las Farmacias. Por Mayor: 20 y 22, Rue St-Lazare, PARIS.

ESPEJOS NEGROS. DORADOS. De 0 m. 81 c. alto de luna a 20 ptas. De 1 m. 30 c. " a 38 " a 32 ptas. De 1 m. 50 c. " a 64 " a 62 " De 1 m. 50 c. " a 64 " a 89 " DEPOSITO DE SION Y GUGEL CORREDERA ALTA DE SAN PABLO 24, tienda, Madrid. ESCUELA DE INGENIEROS Y ARQUITECTOS Preparacion completa por ingenieros y arquitectos. Pontejos, 1. tercero derecha. Se admiten internos y se facilitan reglamentos. Director, D. Manuel Medrano, arquitecto.

LA SEÑORA DOÑA ELENA GARGOLLO DE FEDUCHY CONDESA DE LAS CINCO TORRES ha fallecido el dia 23 de setiembre de 1890, a las cinco de la mañana. R. I. P. Su director espiritual D. Francisco Besalú, su esposo el señor conde de las Cinco Torres, sus hijas doña Elena, doña Angéles, doña Cecilia y doña Gloria Feduchy y Gargollo; su hijo político D. Jorge Martínez, sus nietos, su madre la Ilustre Sra. D.ª Elena Fallén; viuda de Gargollo; hermanos, hermanos políticos, sobrinos y demás parientes, ruegan a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios y asistir a la conduccion del cadáver que tendrá lugar el dia 24 del actual, a las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, calle de Jorge Juan, número 9, al cementerio de la Sacramental de San Justo, en lo que recibirán especial favor. El duelo se despide en el cementerio.—Se suplica el coche.—No se reparten esquelas.

VENTA de varias casas en esta corte. Barco, 10, 3.º, de 5 a 9 de la noche. COSTURERAS MAQUINA SE (descan. Carretas, 41, almacén de hules. DART. SE DESFA SEÑOR SOLO San Marcos, 8, portería. DART. CEDE SALA O BUEN gabinete. Luna, 19, pral. EL CÓLERA Preservacion y curacion ciertas por las Gotas Asiáticas a base de sal y ácido láctico, que se encuentran en casa de Moreno Miquel y en todas las buenas farmacias. ALMONEDA salon, gabinete, armarios de luna y comedor. Plaza de Bilbao, 6, bajo. DINERO Toda garantía que convenga ESPOZ Y MINA, 6 duplicado, principal. PÉRDIDA Perro de aguas de color de café. Al que lo devuelva Atocha, 109, portería, se le gratificará. ALMA DE CRÍA PARA CASA DE los padres. Razon, Cruz Verde, núm. 14, 2.º derecha. SE CEDEN GABINETES.—RAZON calle de Recoletos, 5, port. SE VENDEN COCHES, TRONCO y guarniciones de lujo. Reina, 6.

La niña MARIA DEL CARMEN ha subido al cielo hoy 23 de setiembre de 1890, a los seis años de edad. Sus desconsolados padres D. Rafael Lopez Guasca y doña Adela Alvarez y Cabrera; sus hermanos, Adela Alvarez y Cabrera; sus hermanos, primos y demás parientes, participan a sus amigos tan sensible pérdida. LA SOCIEDAD DE INSTITUCIONES ofrece profesoras de idiomas, música, labores y ayas francesas. Razon, Encarnación, Alcalá, 6, repostero, en sociedad, hace falta. UROSAS, 7, portería. MADRE PARA CASA DE LOS PADRES. Avo-María, 12, tienda.

HARINA AZOADA STEDMAN El mejor alimento para niños y adultos débiles. Depósito, F. Moreno, MAYOR, 23. TEATRO REAL.—Se cede abono gratuito bajo turno 1.º Razon, Alcalá, 61. ALMONEDA GRAN MORILARIA de casa. Sorito 27, bajo. PARA AMAS Y SIRVIENTES el Bufete de Sras. Echegaray, 11. DART. GABINETE A SEÑORA sola. Plamonte, 14, 2.º. ALMONEDA VARIOS MUEBLES. S. Marcos, 26 trip., 3.º. MALES VENEREOS y matriz. Dr. Barragan. Consulta, de 10 a 1 y 6 a 8. Cerrada Baja, 25.

LA SEÑORA DOÑA ELENA GARGOLLO DE FEDUCHY CONDESA DE LAS CINCO TORRES ha fallecido el dia 23 de setiembre de 1890, a las cinco de la mañana. R. I. P. Su director espiritual D. Francisco Besalú, su esposo el señor conde de las Cinco Torres, sus hijas doña Elena, doña Angéles, doña Cecilia y doña Gloria Feduchy y Gargollo; su hijo político D. Jorge Martínez, sus nietos, su madre la Ilustre Sra. D.ª Elena Fallén; viuda de Gargollo; hermanos, hermanos políticos, sobrinos y demás parientes, ruegan a sus amigos se sirvan encomendarla a Dios y asistir a la conduccion del cadáver que tendrá lugar el dia 24 del actual, a las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, calle de Jorge Juan, número 9, al cementerio de la Sacramental de San Justo, en lo que recibirán especial favor. El duelo se despide en el cementerio.—Se suplica el coche.—No se reparten esquelas.

CUENTOS ESCOGIDOS siempre vivas. ¡Pobre Magdalena!... ¡La guerra tontol...! La señora Duvivier enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas descoloridas, pero de un mste solido y de una salud de virtuosa. —Vaya—continuó—buenas noches, hijo; te quiero de tal modo, que misa ras he de par en casa de tu madre, no te fal, mamá. Bernardo estaba profundamente conmovido. Había olvidado el taller, los camaradas y las bufonías de la calle del Destie. Subió a su cuarto, y con la cabeza entre las manos, lloró en abundancia. La campana de Saint-Eustrope dio las nueve y media. Levantóse, se armó de resaca y cogió el saco de noche, la caja de colores y el baston de viaje. Encendió su pipa, y bajó; solo que, en vez de dirigirse al cobertizo, saltó la empalizada y se escondió en el camino. El cielo estaba sembrado de estrellas; la luna salía por detrás de los altos que rodeaban el Gbarent; la pradera exhalaba el salvaje y delicioso perfume de la nueva hierba... Era una de esas noches con hazez amarilla y fría. Bernardo se iray recalcadamente en marcha. Su corazón leia violentamente.

EL ASPID NEGRO con ERCKMAN CHATRIAN Más de quince años hacia ya que no pensaba en mi amigo Faifer, cuando un día me cayó en mientes su memoria. Decir cómo y por qué me sería imposible. Con los odos sobre mi pupitre y los ojos desmesuradamente abiertos, pensaba en el buen tiempo de nuestra juventud; me parecía que andaba aun recorriendo la gran alameda de los Castaños en Charleville, y canturreaba involuntariamente la alegre anacréontica de Jorge: Después, volviendo en mí de repente, exclamé: —¿En qué diablos pienso? ¡Te crees joven aun? ¡Pobre loco! Algunos dias—despues, entrando al oscurecer en la capilla de Luis de Gonzaga, vi enfrente de la capilla de la montaña un oficial de spahis, con su kepis sobre la oreja y las bridas de un hermoso caballo árabe al brazo. La estupa de este caballo hubo de llamar mi aten fon, tanto más que, irguiendo a cabeza por encima del hombro de su amo, me miraba fijamente, y con una expresion que parecía casi humana. Abríse la puerta de la capilla, y el oficial entregó a un mozo las bridas, y volviéndose en mi direccion, se encontraron nuestros ojos. Era Faifer; su nariz cabalgaba, su bigote rubio y su puntiaguda perilla no podian dejarme dula, a pesar de lo atezado de su rostro, erigido por el sol del Africa. Faifer me reconoció al instante, pero ni un músculo de su rostro se estremeció ni asomó a sus labios la más ligera sonrisa. Vinose a mí lentamente, me dió la mano, y como si me hubiera visto la vispera, me dijo simplemente: —Buenos dias, Teodoro, ¿cómo estás? Esta sencillez me sorprendió de tal manera, que le contesté en el mismo tono: —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En buena hora. Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos. Llegado que hubimos a mi puerta, tomé la estrada escalera, sintiendo detrás de mí las espaldas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla, y me senté. —Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi cuaderno de música, tomé otra silla, y me senté enfrente de él. Y ambos permanecimos preocupados y taciturnos. Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce: —¿Tú sigues siempre con la música, ¿eh? —¡Le contesté en el mismo tono:—soy organista de la catedral. —¡Ah! ¡Y tocas todavía el violín? —¡Sí. —¿Recuerdas la cancion de Luisa? En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente a mi espíritu, que, sin proferir una palabra, descolgué el violín de la pared, y me puse a tocar la cancion de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo. Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y a la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio. —Por fin lo romps, diciendo como si hablara consigo: —¿Adónde vamos? —Yo iba a mi casa. —Pues te acompaño. —En